

Símbolos, efemérides y funciones del pasado: la mirada decolonial sustenta un lugar en el mundo

Rodrigo Christofolletti | Universidade Federal de Juiz de Fora-UFJF (Brasil)

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5475>

Entre los muchos temas de la posmodernidad tardía, uno ha destacado en las noticias e inquietado a los historiadores en su afán por comprender la decolonialidad y sus desafíos: el borrado de símbolos y el derribo de estatuas, ejemplos de nuevos usos de una posición política frente a un pasado del que se reniega, que ha ganado importancia en la última década. Se niegan, forjan, destruyen y reconstruyen nuevas formas de mirar el pasado. Es esta forma más flexible de posicionarse y cuestionar el pasado lo que analiza este texto.

En la mayoría de los casos, no simpatizo con el derribo de estatuas que representan personajes del pasado de los que se adjura; acción que, en el intento de restaurar la historia (otro tema delicado y espinoso), socava la representación de personajes de un pasado que ya no nos gusta. Pero también entiendo que hay casos en los que nosotros, los historiadores, nos vemos obligados a opinar sobre la construcción de esa narrativa conflictiva en la que nos encontramos insertos en este momento anómalo y sospechoso.

Un ejemplo interesante que nos ayuda a pensar sobre nuestro papel en este engranaje sin aceptar de las demandas actuales es el “manifiesto gráfianco” del artista británico Banksy, quien sugirió la inauguración de un monumento a las personas que derriban monumentos, en referencia directa a la remoción de estatuas del traficante de esclavos Edward Colston.

Esta especie de metalenguaje de la caída, destrucción o creación de un espacio vacío, listo para ser ocupado, nos ayuda a ampliar el papel de las estatuas y del historiador (su intérprete privilegiado) ante las dinámicas de las nuevas voces.

¿Preservar el pasado o subordinarlo al presente? ¿Resulta razonable derribar estatuas de figuras que hoy criticamos? O por el contrario, ¿hasta qué punto el mantenimiento de estos personajes históricos no corroboraría la previamente denunciada imposición de unos grupos sobre otros? Estas preguntas nos llevan a una especie de desafío sobre la necesidad de una “desmonumentalización” de estatuas, lugares y nombres de calles, buscando así, quizás, una apropiación menos condescendiente en relación con las llamadas minorías no representadas. Claramente estamos lejos de la paridad: por cada estatua de un opresor, una de oprimidos. Ni siquiera creo que sea una solución compasiva, pero el debate al menos propicia que la opresión sea vista como un tema de denuncia e incluso de reparación histórica.

En la ola contemporánea de discusiones sobre este tema, respaldada y profundizada por muchos colegas en los últimos años, la historiadora brasileña Keila Grinberg ha acuñado la frase que, para mí, representa la esencia de este debate y expresa mucho de lo que creo: “Algo está muy mal en una sociedad que protege sus estatuas y ataca a sus ciudadanos” (Grinberg 2020). La frase sintetiza la premisa básica de este razonamiento sobre el derrocamiento de estatuas, el cambio de nombre de toponimias y la repatriación de objetos etnográficos que se desarrolla en la actualidad. Las estatuas no son el pasado, pero representan homenajes a personas vinculadas a ese pasado.

Esta diferencia es fundamental para explicar la idea de tridimensionalidad del tiempo de las efemérides: el tiempo del homenajeado, el tiempo de la construcción de la estatua y el tiempo presente. Los tres momentos se fusionan y superponen, de modo que corresponde al ojo

atento distinguir cada capa de este barniz. Estas estatuas hablan más de la época en la que fueron construidas que de los personajes a los que honran. Como dice el dicho popular: “cuando Pedro habla de Pablo, sabemos más de Pedro que de Pablo”. En este caso, se sabe más sobre el mantenimiento o demolición de una efeméride a través de quien la demolió o mantuvo, que sobre quién fue honrado o, por así decirlo, “petrificado”.

Para los historiadores, el anacronismo constituye un pecado capital: el estímulo de leer el mundo contemporáneo con percepciones de tiempos pasados, o viceversa, siempre los persigue. Por ello, la crítica diletante o la defensa perentoria sobre el mantenimiento o derrocamiento de las efemérides tridimensionales o incluso el cambio apresurado de nomenclaturas toponímicas (nombres de calles o espacios) no pueden ser blanco fácil de posiciones simplistas o de la falaz retórica del lugar común. Igualmente ocurre cuando intentamos relacionar el saqueo llevado a cabo durante el período colonial con el actual tráfico ilícito de bienes culturales, uno de los temas más apasionantes de mi investigación actual. ¿Cómo se conectan estos movimientos pasados y presentes?

El mecanismo del tráfico ilícito de bienes culturales resulta complejo y en él intervienen varios factores. El saqueo colonial que alimentó de manera voluminosa los fondos de muchos museos en el pasado y continúa en el presente engrosando las colecciones de particulares en todo el mundo tiene en esencia la misma génesis que el comercio ilegal de bienes patrimoniales: ambos atacan el derecho de los pueblos a un sentido de pertenencia en relación con los objetos que los representan. Las dinámicas patrocinadas por los objetos adquiridos (lícita o ilícitamente, cuestión delicada y más compleja) por los museos son de naturaleza diferente a las acciones perpetradas por las redes internacionales que trafican con bienes culturales, pero ambas responden a la misma exigencia de cariz económico. Dado que el tráfico ilícito de bienes culturales constituye una de las industrias de comercio ilegal más grandes del mundo, es fácil entender cómo, por un lado, esta rueda gira y, por otro, están

los actores sociales involucrados en esta demanda. El quid de la cuestión está en la privatización del bien común. Y, por tanto, ayudan a establecer una conexión directa con la comprensión de lo que significa para los grandes museos del mundo tener en su colección, en sus reservas técnicas o en sus exposiciones, “objetos adquiridos ilícitamente” que tienen dirección, pero ninguna procedencia o lastre histórico conocido.

Si, por un lado, tenemos una cierta descolonización política, por otro, parece que muchos de los monumentos e incluso museos continúan naturalizando su pasado colonial a través de sus narrativas, exposiciones y museizaciones. Sobre todo porque, como aluden los expertos, el colonialismo es más que un acontecimiento; se trata de una estructura de pensamiento que gobierna, ordena y organiza el mundo. Esta comprensión está en el centro de cómo debemos actuar ante la inminencia de un nuevo paradigma de ética relacional (Savoy y Sarrs 2018, 89) y la búsqueda de una descolonialidad más efectiva. Para un activista patrimonial, que en las últimas dos décadas se ha formado a partir de debates sobre preservación, en clave de descolonialidad (dentro y fuera de la academia), entiendo que la acción decolonial sostiene su lugar en el mundo. Nos queda responder cuál es este lugar en relación con las jerarquías de poder, palabra y acción. El ejercicio de la decolonialidad, a su vez, debe ser siempre vigilante, ya que siempre habrá quienes verán sus bases como un mero botín militante.

BIBLIOGRAFÍA

- Grinberg, K. (2020) Isto não é uma estátua. *Conversa de Historiadoras*, 21 de junio de 2020. Disponible en: <https://conversadehistoriadoras.com/2020/06/21/isto-nao-e-uma-estatuaf> [Consulta: 02/11/2023]
- Savoy, B. y Saars, E. (2018) *Rapport sur la restitution du patrimoine culturel africain. Vers une nouvelle éthique relationnelle*. París: Ministère de la Culture. Disponible en: <https://www.culture.gouv.fr/Espace-documentation/Rapports/La-restitution-du-patrimoine-culturel-africain-vers-une-nouvelle-ethique-relationnelle> [Consulta: 02/11/2023]